

De Galicia a Buenos Aires

Trayectoria de un empresario de la cinematografía nacional



Lic. Andrea Manfredi

Hace más de diez años decidí cruzar el océano y radicarme definitivamente en Monza, Italia, y como historiadora que soy, este cambio me trajo al recuerdo a aquellos inmigrantes que llegaron a nuestro país entre mediados de los siglos XIX y XX, para “hacerse la América” o en este caso “hacerse la Argentina”.

Desde que se descubrió nuestro continente, españoles, italianos, franceses, belgas, alemanes, irlandeses, galeses, etc., por un motivo u otro, dejaron sus hogares para recorrer miles y miles de kilómetros, la mayoría de las veces, en condiciones deplorables, en búsqueda de un mejor porvenir. Seguramente experimentaron lo mismo que pasé: una mezcla de felicidad, ansiedad, sorpresa, aunque también tristeza y melancolía por haber dejado lo de uno. Es como llegar a casa ajena, donde por ser un extraño, uno trata de comprender los códigos, ver dónde se sienta y saber qué hacer.

Fue así como vino a mi recuerdo la figura de mi bisabuelo paterno-materno, Augusto Álvarez, quien dejó su Vigo natal para zarpar rumbo a Buenos Aires.

Necesitada, tal vez, de encontrar un poco de fuerza ante mi cambio de situación, quizás por curiosidad, decidí investigar sobre su vida, en resumen, la

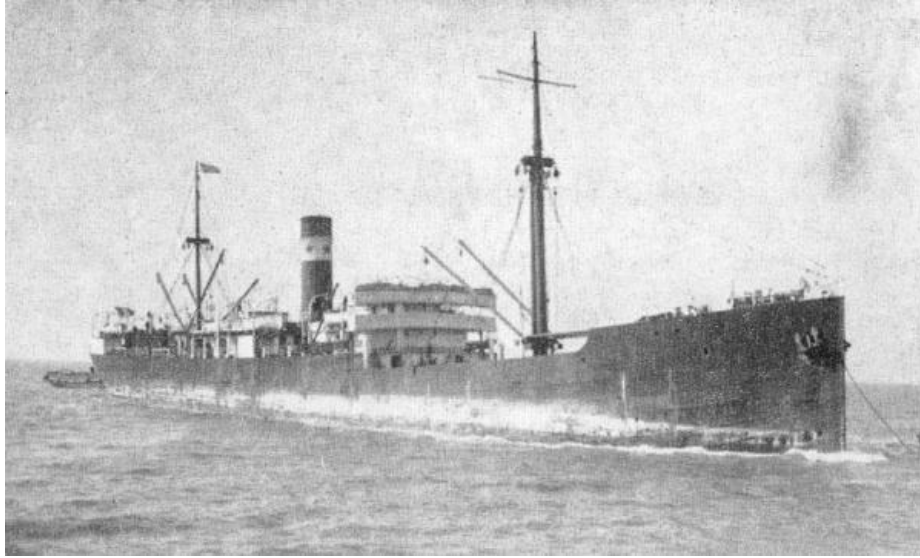
vida de un empresario cinematográfico que, entre otras cosas, trajo el cine sonoro a nuestro país.

La siguiente es su historia...

Cuando dejé mi España natal para venir a Buenos Aires, supe desde un principio que había sido una decisión acertada. Recuerdo que encontrándome en el puerto de Vigo, tuve que elegir entre el barco que zarpaba rumbo a los Estados Unidos o aquel que se dirigía a la Argentina. Mi sinceridad me empuja a confesar que por una cuestión de idioma, inmediatamente compré el pasaje para viajar a Buenos Aires. Tenía catorce años y ya sentía que había vivido una vida.

Mis primeros años transcurrieron en la aldea de Santa Cristina de Lavadores, en las montañas de Vigo, provincia de Pontevedra, Galicia, una zona de ensueño, rodeada de verdes y melancólicas montañas. Ahí nací, un 16 de agosto de 1893. A los trece años obtuve mi título de bachiller y para ayudar en la economía de la familia, instalé en mi casa una pequeña escuela de clases particulares, donde enseñaba a niños y adolescentes por la mañana y la tarde, y a adultos por la noche. Casi todos eran campesinos y pescadores que tras sus arduas tareas, se dirigían a mi domicilio para aprender. Eso me hizo recordar los días de estudio y la penosa caminata que realizaba con mis hermanas, Luz y Emma, hasta la escuela, y por esa razón, ver a esa gente realizando semejante esfuerzo después de una dura jornada laboral, me animaba a seguir. Es más, para que les resultara más fácil el aprendizaje, compuse una serie de canciones que hablaban de los reyes suevos de Galicia, los Visigodos de España, y varios temas más. A pesar de mi vocación de maestro, sabía que mi futuro no se encontraba en esa aldea, ni en Vigo, ni en Galicia; ni siquiera en la misma España. Mi porvenir estaba en América: tierra de promisión para la juventud española, así que en el año 1908 y con sólo catorce años, embarqué rumbo a Buenos Aires en un buque francés, el "Amiral Rigault de Genouilly". Como olvidar el nombre de aquella

nave que me trajo hasta aquí y donde realmente comencé a forjar un futuro para mí y mi familia.



El buque francés "Amiral Rigault de Genouilly" en el que Augusto Álvarez llegó a nuestro país (1908)

Recuerdo que la travesía fue larga y las condiciones paupérrimas, como sucedía siempre en tercera clase. Por eso, un día, harto de la situación, me presenté ante el capitán del barco y en francés, idioma que dominaba, le dije que era español, maestro de escuela y hombre digno, y como tal no podía seguir viajando en esas condiciones. No sé si fue por mi convicción o el hecho de tener apenas catorce años, lo cierto es que el capitán quedó asombrado y no sólo me permitió viajar en el camarote del práctico (aquel funcionario que aborda el barco en los puertos durante su amarre) sino que además me invitó en varias ocasiones a almorzar con él y su tripulación.

Aún parece ayer cuando desembarqué en Buenos Aires; fue un 9 de julio de 1908 y mi "bautismo de fuego" fue la golpiza que recibí por no haberme quitado el sombrero -por mera ignorancia-, ante el paso de una manifestación patriótica que portaba la bandera. A partir de ese día, aprendí a ser argentino.

Los primeros tiempos en la capital porteña fueron bastante duros y solitarios. Me hospedaba en una pensión de la Avenida 9 de Julio y sólo tenía una carta de recomendación para trabajar en las Tiendas San Juan de la firma Cibrian hnos. Comencé como simple empleado

pero como no me alcanzaba el sueldo, me las rebusqué pegando sobres de correspondencia comercial en la pensión donde residía. Cuando me hice algo más ducho en las calles de Buenos Aires, comencé a frecuentar el célebre Café de los Inmortales, uno de los tantos centros de reunión de la bohemia porteña. Esa fue mi “puerta de ingreso” a la cultura argentina, donde conocí a las que luego serían grandes personalidades del país como los periodistas Josué Quesada y Alberto Gerchunoff, los escritores Vicente Martínez Cuitiño, Enrique García Velloso y José González Castillo y el reportero uruguayo Natalio Botana, entre otros. Ese grupo me introdujo en el apasionante mundo del periodismo y así ingresé como redactor en “El Tiempo”, de Manuel Vega Belgrano, con solamente quince años, luego pasé a “Crónica” de don Adolfo Rotkoph (que nada tiene que ver con el diario actual), y cuando este cerró seguí sucesivamente por “El Nacional”, “La Argentina”, “La Mañana” y “La Razón”, el tradicional vespertino fundado por Emilio Morales pero que entonces dirigía el prestigioso Dr. José Cortejarena, gran caballero y amigo, donde pasé a cubrir la sección Sociales y varios eventos más.

En aquellos días tenía como costumbre, luego de la jornada laboral, detenerme en algún cine de las calles Corrientes o Esmeralda, para disfrutar de las cintas que allí pasaban. Una vez, en el viejo “Opera” (que no es el que varios años después levantó mi gran amigo Clemente Lococo), vi un documental impactante donde se veía a un paracaidista arrojar desde la torre Eiffel y perecer trágicamente al no abrirse su paracaídas. Estas imágenes estaban recorriendo el mundo y eso me impactó. Y fue en ese momento que comprendí las enormes posibilidades que tenía el cine como elemento documental, cultural e informativo. Eso me decidió a llevar el comentario de dicha escena a las páginas de “La Razón”, inaugurando lo que según varios investigadores fue la primera sección cinematográfica de Latinoamérica en un diario. En la redacción muchos se tomaron la cabeza pero el Dr. Cortejarena, visionario como era, tuvo confianza

en mí y me apoyó. Así nació en mi mente la idea de mi propia publicación por lo que a fines de 1913, inauguré en la calle Maipú 444 una imprenta con unos pocos empleados y a través de ella comencé a insertarme en la actividad cinematográfica ya que, además de las diversas publicaciones para distintos gremios y profesionales, empecé a imprimir los programas, volantes y carteles de varios cines, lo que nos dio mucha publicidad.



Ejemplar de "Film" (década del 40)

En enero de 1914, fundé la revista "Excelsior", bautizada junto a "El Biógrafo" de Lorenzo Fernández Duque, "las decanas de la prensa profesional cinematográfica en América Latina". Años después (1932) cambié su nombre por "Film" y le di formato de tabloide. El objetivo era destacar y fomentar la actividad cinematográfica, orientar a los actuantes en los múltiples problemas que surgían, reclamando su organización y agremiación, poniendo al tanto a empresarios y trabajadores de la legislación vigente e informando lo que acontecía en otras partes del mundo.

Todo eso hizo que mi nombre comenzara a ser escuchado en el ambiente. Empecé a ser consultado por empresarios y distribuidores y lo que fue más importante, mi consejo era tenido en cuenta. En 1915, por ejemplo, asumí temporalmente la distribución de la película "Nobleza Gaucha", un bum de taquilla para la época. Sin

embargo, mi mente inquieta seguía trabajando, y así fue que me dirigí a la embajada norteamericana para pedir las direcciones de los principales sellos productores de aquel país pues estaba seguro que el cine estadounidense desplazaría a los demás (como finalmente ocurrió). Los americanos no se hicieron esperar y de ese modo me convertí en su consultor en el país. Hasta varios de ellos me nombraron su representante en Buenos Aires y eso me permitió organizar exhibiciones en varias salas con material de ese origen.



Vista interior del "Select Lavalle" primera sala de la empresa A. Álvarez & Cía.

Todo este movimiento despertó el interés de las productoras alemanas que vieron en mi persona, una vía para publicitar sus cintas en nuestro medio. Así, me transformé en director general de la Compañía Argentina de Películas, que poco después cambió su nombre por Compañía Americana de Películas (CAP) dedicada a la distribución de material de origen germano.

Después de la Gran Guerra, emprendí un viaje a mi Europa natal para adquirir material. Recorrí los principales sellos del continente que todavía se recuperaba de la catástrofe bélica pero ninguno despertó mi interés. Sin embargo, en ese viaje conocí al Dr. Rómulo S. Naón, ex ministro de Relaciones Exteriores, intendente municipal

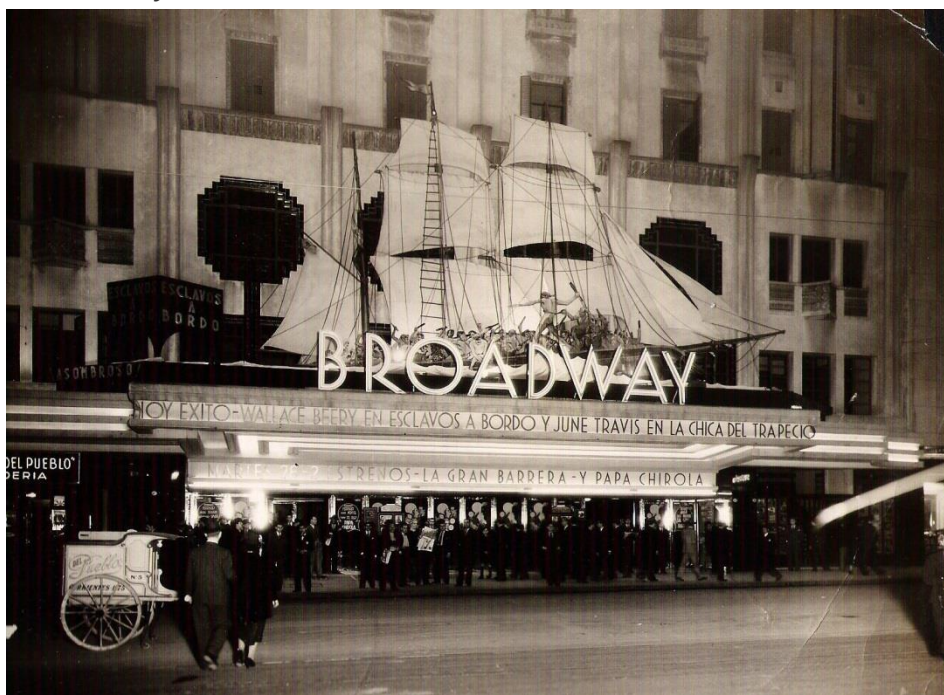
de la ciudad de Buenos Aires y embajador argentino en Estados Unidos, con quien estreché una gran amistad. Al ser él también un apasionado del cine, a nuestro regreso fundamos la Argentine American Film Corporation S.A. (Corporación Argentino-Americana de Films S.A.), una distribuidora para Argentina, Chile y Uruguay, que terminó absorbiendo a la CAP. Su directorio estaba constituido por grandes personalidades de la historia argentina como el ex ministro del Interior, Dr. Manuel Augusto Montes de Oca, el ex ministro de Hacienda y presidente del Banco Nación, Dr. Manuel de Iriondo y el director del diario "La Nación", Dr. Jorge Mitre, entre otros. Nuestra firma abrió oficinas en Nueva York, Río de Janeiro, Montevideo, Santiago de Chile y San Pablo e inició una actividad realmente intensa.

A poco de fundada la razón social, el Dr. Naón y yo viajamos a Nueva York y ahí conocí al Dr. Lee De Forest, creador del cine sonoro, con quien firmé contrato para su introducción en la Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Paraguay, iniciativa que, sin proponérmelo, me convirtió en 1921 en el introductor de esta novedad en Sudamérica.

Sin embargo, a mi llegada me encontré con una sorpresa: la decisión fue criticada por el directorio porque interpretó que me había excedido en mis funciones y había actuado sin consultarlo. No lo toleré por lo que inmediatamente presenté mi renuncia y me dediqué a lo que realmente deseaba: crear mi propia compañía exhibidora. Fue así como fundé la empresa A. Álvarez & Cía. que en el término de un año y medio adquirió los cines "Select Lavalle", de la calle Lavalle 921, "Rivadavia Palace", "Soleil", "Universal", "Rialto" y los teatros "Porteño", sobre Avenida Corrientes 846, y "Excelsior", estos últimos en sociedad con el poderoso empresario y también amigo personal, Sr. Manuel M. González.

En 1929 inicié la construcción de mi obra cumbre: el Gran Cine Teatro "Broadway", en Avenida Corrientes 1155, bautizado "El Palacio del Espectáculo", que se convirtió en sala de estreno de

sellos como la Metro Goldwin Mayer, Columbia, 20 Century Fox, Paramount y Universal.



Gran Cine Teatro "Broadway" de Av. Corrientes 1155
inaugurado en el mes de octubre de 1930

Tan poderosas se volvieron en esos años la industria del cine y la actividad teatral, que el ambiente decidió dar forma a una agrupación política que las representase. Así fue como, periodistas, empresarios, directores, actores y autores, constituyeron el Partido Gente de Teatro, del cual fui co-fundador y secretario. La asamblea extraordinaria que se llevó a cabo en el Teatro "Smart" el 25 de octubre de 1926, me designó candidato a concejal municipal. Alcanzamos el cuarto lugar en las elecciones del 21 de noviembre, debajo de los radicales yrigoyenistas, los socialistas y los radicales antipersonalistas, logrando dos escaños en el Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, en donde yo obtuve el primer lugar y mi amigo Florencio Parravicini el segundo. Sin embargo, una mezcla de celos y rencillas internas me hicieron perder la banca. Cosas que le suceden a uno. Para mi satisfacción, el año anterior me había desempeñado ad-honorem como consejero escolar por la circunscripción 3ª de la Capital Federal.



Augusto Álvarez saluda a Orson Welles durante su visita a Buenos Aires.
Junto al gran actor, Luis César Amadori, el periodista Manuel Peña
Rodríguez, Miguel Machinandiarena y detrás Marcos L. Sánchez

Admito que fui demasiado inquieto. Por ello, en 1929 organicé el Sindicato Cinematográfico Argentino del cual los empresarios de cine me eligieron presidente por unanimidad, y en 1934 fundé el Consorcio Argentino de Espectáculos (CADE), entidad distribuidora y exhibidora que centralizó a las principales empresas cinematográficas de la Capital Federal, del que también fui presidente. Con anterioridad fui vicepresidente del Centro Cinematográfico, tesorero de la Sociedad de Empresarios Teatrales y socio fundador de la Sociedad de Empresarios de Cinematógrafos. Pero aquí porque la lista se haría demasiado larga y os aburriría.

En 1939 decidí liquidar mi empresa cinematográfica desprendiéndome de todas mis salas a excepción del "Rialto" de la Avenida Córdoba, que conservé en sociedad con mi hermana Emma y mi cuñado. Seguí al frente de la dirección de mi periódico "Film" y me radiqué con mi esposa y la mayor de mis hijas en Punta Chica, partido de San Fernando. Ese mismo año, el Sr. Miguel

Machinandiarena se contactó conmigo para incorporarme a los recientemente fundados Estudios San Miguel, célebre productora del cine nacional, donde asumí el cargo de gerente y poco después, la dirección de la Distribuidora Panamericana SRL, dependiente de la misma entidad. Eso me llevó a viajar por todo el continente americano y España a los efectos de colocar nuestras producciones y abrir sucursales.



Con Carlos Gardel recién llegados de Montevideo

*El 2 de mayo de 1939 me fue dispensado en el Alvear Palace Hotel un gran homenaje organizado por el ambiente cinematográfico y teatral, con motivo de mis 25 años en la actividad. Se dieron cita más de doscientas personas entre empresarios, ejecutivos, directores, actores, periodistas, escritores, políticos y representantes del ambiente cultural de Buenos Aires, quienes me agasajaron pronunciando largos discursos además de hacerme entrega de un pergamino con la firma de todos los concurrentes. Incluso el ex presidente de la Nación, Marcelo T. de Alvear, se sumó al agasajo enviando una esquila manuscrita que decía textualmente: **"Marcelo T. de Alvear felicita a Augusto Álvarez y se adhiere a la justa demostración que le brindan su amigos 02/05/1939"**.*

A todo esto cabría agregar que en 1942 fui socio fundador de la Asociación Cinematográfica Argentina de Mutualidad y en 1926, accionista fundador del San Isidro Golf Club. Escribí varios artículos cinematográficos e inicié la producción de dos películas: "El Tango en París" y "Los últimos gauchos", ambas en 1936. Pero no todo es color de rosa ya que el mismo año en que liquidé mi empresa, inicié un juicio contra la Municipalidad de Buenos Aires por doble cobro de impuestos a mis salas de espectáculos. Por suerte, la justicia falló a mi favor.

Y ahora, me encuentro retirado pero feliz, en mi chalet de estilo normando, sobre Av. Libertador, junto a mi esposa, Noemí Elisa Luisa De Cenzo, hermosa mujer proveniente de una familia de artistas italianos, y mis tres hijas, Noemí, Lilia y Luz, la menor de la cuales seguirá en cierto modo mis pasos pues será una reconocida productora y directora de cine independiente.

Demasiadas "tomas" tuvo mi vida, pero una fue crucial: el haber seguido adelante con lo que anhelaba y no acobardarme ante aquel inmenso océano que debí cruzar, sin saber lo que me deparaba el futuro.



Augusto Álvarez

Nota de la autora: Augusto Álvarez falleció en Buenos Aires, el 13 de julio de 1967, a la edad de 74 años, dejando un libro de memorias titulado *Cincuenta años vendiendo ilusiones*, que no fue publicado.

En los años ochenta, la revista cinematográfica “Sin Cortes” de la Capital Federal le impuso su nombre a uno de los lauros que entregaba anualmente en el Teatro Municipal General San Martín: el Premio Augusto Álvarez a la mejor sala cinematográfica, y en 1996, la Asociación de Cronistas Cinematográficos honró su memoria concediéndole un premio “in memoriam” a su trayectoria, con motivo del centenario de la primera exhibición cinematográfica en Buenos Aires, ceremonia que tuvo lugar durante la entrega de los premios Cóndor de Plata 95, en la Sala Pablo Neruda del Paseo La Plaza de la Capital Federal, distinción que recibió en su nombre su hija Luz Álvarez, productora y directora de cine independiente.

Bibliografía

Augusto Álvarez, *Cincuenta Años Vendiendo Ilusiones*, inédito.

Alberto N. Manfredi (h), *Augusto Álvarez, pionero de la cinematografía argentina*, Buenos Aires, 1989.

Claudio España, *Luis César Amadori*, Centro Editor de América Latina, Colección “Los directores del cine argentino”, Bs. As., 1993.

Arturo Silvestre, *Como se llega. Nuestros self made men*. Capítulo “Augusto Álvarez”, F. A. Colombo Impresor, Buenos Aires, 1931.

Carolina González Velazco, *Gente de Teatro. El género chico porteño en los años 20*, Siglo XXI Editores Argentina, Bs. As., 2011.

Roberto Di Chiara, *El Cine Mudo Argentino*, Edición Homenaje a los 100 años de la primera exhibición cinematográfica argentina, DiFilm, Archivo Fílmico de Cine y TV, Florencio Varela, Bs. As., 1996.

Mariano Calistro, Claudio España, Oscar Cetrangolo, Andrés Insaurralde, Carlos Landini, *Reportaje al cine argentino. Los pioneros del sonoro*, Anesa, Bs. As., 1978.

Soc. Anónima San Isidro Golf Club, Balance y Memoria Correspondiente al Trigésimo Quinto Ejercicio terminado el 30 de Junio de 1962 presentados a la Asamblea General Ordinaria el 22 de octubre de 1962, Buenos Aires, octubre 1962.

